

POLVO NEGRO

Oscar Iriani Montes

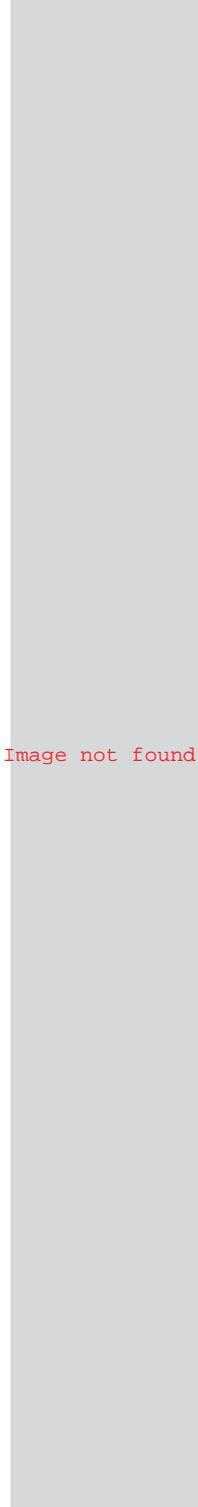


Image not found.

Capítulo 1

Cuántos días, cuántas noches, cuántas semanas, meses y años respirando el mismo polvo, cuando no los gases asesinos que nos invitan a la muerte. Ya no recuerdo muy bien cuándo fue la primera vez que bajé al pique. Mi padre llegaba todos los días con ese tinte negro, mezcla de carbón, sudor y agua de lluvia del interminable invierno de Lota.

Mi madre lo esperaba con un trozo de pan duro, algo de queso o charqui, y su habitual tazón de té. Me costó mucho entender ese ritual nocturno, siempre la misma tasa humeante de té hervido y vuelto a hervir mil veces. Hoy lo entiendo; este frío de mierda solo se puede combatir con un gran tazón de té o mejor aún, un buen vaso de aguardiente.

Mi padre no tomaba alcohol. Su última borrachera casi le costó la vida, por entrar al pique ebrio. Luego de eso, se refugió en la iglesia evangélica del pueblo y dejó los vicios — *No volveré a vivir en "pecado"* nos decía con gran convicción. Prefería mil veces su tazón de té o un buen caldo de huesos que mi madre se conseguía con el carnicero del pueblo.

Pero yo no. ¡Cuánto daría por un vaso de aguardiente en estos momentos!

—¿Qué cresta pasa allá afuera que no reaccionan? ¿Esperan que nos durmamos para siempre? Este ya es el cuarto día que no vemos la luz; casi sin oxígeno, agua ni comida. Pero los chiquillos no me pueden ver así, temeroso y sin respuestas.

—¿Aló, *Pajarito*...me escuchas? ¿*Pajarito*, estás en la garita?...contesta, ¡Agarra el comunicador por la cresta! No puedo creer que esto nos esté pasando justo a nosotros.

—¿Y, *Lucho*...no pasa nada? ¿Qué crees que estén haciendo allá arriba? —Me preguntó el *Fantasma*.

Todavía recuerdo cuando le pusimos *Fantasma*; salió del burdel de la *Tía Rebeca* dando tumbos, embriagado con la mezcla de agua ardiente y perfume floral, ese que se echaba la *Rosita* cada vez que terminaba su "trabajo" con algún cliente recién pagado. No lo podíamos creer, con los pantalones medio a las rodillas y su camión blanco, recién lavado, que le llegaba más abajo de los desvencijados calzoncillos grises, donde sus piernas flacas se veían aún más huesudas; los ojos negros, brillosos, casi cerrados, balbuceando palabras que nadie entendió, y caminando hacia nosotros en un zigzag torpe e interminable.

Ese era *el Fantasma*, no tenía mujer, pero cuentan algunos que de cabro pretendía a una chiquilla del pueblo que se llamaba *Norma*; claro

que la *Norma* no le daba “ni la hora”. Trató una y mil veces de convencerla de dar una vueltecita por la playa o caminar por el pueblo, pero ella no aflojaba —“Mira flaquito, yo no soy n’á de esas. Conmigo no te va a resultar”— le decía una y otra vez.

Una noche, el *Fantasma* se puso su tenida dominguera, se echó algo que parecía colonia, juntó un par de monedas y partió a buscar a su enamorada, decidido a pedirle que fuera su novia; lo único que quería era estar con ella para siempre. Cuando llegó a la casa de la *Norma*, no encontró a nadie. Recorrió los barracones aledaños y nada. Al final del último pabellón, creyó ver una lucecita que bailaba. A medida que se acercaba, comenzó a sentir unos quejidos. Al llegar a la bodeguita donde terminaba el barracón, se encontró con su *Normita*, desnuda, como loca, sentada sobre el hijo del capataz del pique que estaba de espaldas sobre el piso cubierto de paja; el sudor que le bajaba del cuello y se le concentraba en el surco que separaba sus abundantes pechos, brillaba a la luz de dos velones que se movían al ritmo del viento que entraba por los huecos de las ventanas.

Esa fue la última vez que el *Fantasma* tomó en serio a una mujer; desde entonces, cuando no se gasta su escuálido salario donde la *Tía Rebeca* con la *Rosita* —que es la única del burdel que lo soporta— lo hace en la pulpería comprando botellas de agua ardiente— “para pasar el frío”—, nos dice con convicción de político en campaña.

—No *Fantasma*, el *Pajarito* o no nos escucha o simplemente se cortó la línea hacia la superficie. La cosa es que no tenemos comunicación y este maldito ascensor que no se quiere mover. Pero tranquilo, es cosa de tiempo no más. Llevamos cuatro días, y los patronos no nos van a dejar solos acá abajo, te lo aseguro. En eso, los gringos son muy vivos. No les conviene perder trabajadores en accidentes, porque el resto de los sindicatos de obreros se les tiran encima y con un paro, la producción se les va a la mierda—le dije con un aire de convencimiento que ni yo lo creía.

—Pero *Lucho*, si tuvieran la cosa tan controlada allá arriba, nos habrían dicho algo, o mandado algún paquete con alimentos por el ducto. Ya casi no nos queda nada, y tú sabes que sin agua, poco tiempo más podremos estar acá. Además, ni quiero pensar que el *grisú* dé cuenta de nosotros primero— me dijo el *Rogelio*, apuntándome con la lámpara directo a la cara, como un detective tratando de encandilarme en búsqueda de la verdad.

Primera vez que no sabía qué decir, ni menos qué hacer. Nunca me había sentido tan desvalido y perdido. Estaba acostumbrado a tener todo bajo control, hasta los muchachos daban cuenta de mi liderazgo, el que me llevó a representarlos en el sindicato número 12.

Capítulo 2

Recuerdo el día de esas votaciones; siempre lloviendo y con mucho frío. El *Pajarito* junto al *Fantasma*, *Rogelio* y otros más, se habían preocupado de hacer propaganda con unos panfletos hechos a mano para que los representara ante los gringos; sabían que mi preocupación por obtener mejores salarios, beneficios y un trato más digno era auténtica, pero jamás pensé que tantos compañeros fueran a votar por mí.

El otro grupo estaba representado por el *Negro* "Roberto", sin embargo al *Negro*, nadie le creía. Casi todos sabían que sus únicas intenciones eran quedar bien con los gringos y obtener beneficios solo para él, como algunas raciones más de charqui, azúcar, pan y por qué no, algunas botellitas más de la tan preciada aguardiente.

Pero ahora, ¿qué importa quién es el que dirige el sindicato número 12?

¡Qué ironía!, el sindicato número 12, igual que la puerta número 12 del Chiflón del Diablo. El mismo pique que la semana pasada mató a veintidós compañeros luego de la explosión del maldito grisú. Nadie se percató de que el canario colgaba enganchado de una pata en su jaula, ahogado por el gas. Dos días se demoraron en sacar los restos desmembrados del grupo que estaba en ese turno.

—Bueno muchachos, descansemos un rato y racionemos el agua. Volveré a llamar al *Pajarito* en un rato más. Quizás sea bueno que apaguemos nuestras lámparas y nos relajemos, así no se nos irá tan rápido el aire.

Nos sentamos apoyados a la pared rocosa a un costado del intercomunicador, apagamos las lámparas y nos juntamos para no perder el calor.

No sé cuánto rato pasó. Fue la campanilla del comunicador la que nos despertó a todos. De un salto, me colgué del auricular mientras con la otra mano trataba de encender mi lámpara.

—Hola *¿Pajarito*, eres tú? Qué cresta está pasando, ¿por qué todavía no logran mover este maldito ascensor?

—Hola *Lucho*, nos ha costado mucho traer al equipo de emergencia. Esta maldita lluvia casi no nos deja ver. La cosa está complicada amigo. El cable principal del elevador se trabó en el engranaje de arrastre, y no hay caso de liberarlo. Pero tranquilo, los muchachos del equipo están haciendo

todo lo que pueden.

—¿Cómo puedes decir que me calme *Pajarito*?— dije casi en un susurro para no alertar al resto de los muchachos.— Tú sabes que las raciones de emergencia no durarán más de uno o dos días. Ya casi no tenemos agua y qué decir de la comida. No sé si es por falta de oxígeno o el puro susto, pero varios de nosotros ya casi no podemos respirar. Por favor *pajarito*, dile a los gringos que apuren la cosa.

No supe qué decirle a los muchachos. Algo alcanzaron a escuchar pero no entendían bien la magnitud del problema. Solo atiné a dar un par de instrucciones como para ordenar la salida para el momento del rescate, pese a saber que era muy probable que nunca sucediera.

—¡Ya, *Fantasma* y *Rogelio*, junten las herramientas y llévenlas a la jaula del ascensor! *Joselo*, lleva las botellas que tengan algo de agua y revisa las linternas de los cascos. Queda poco para salir— Pobre *Joselo*, con sus 12 años no podía creer lo que estaba pasando y solo repetía maldiciones a su viejo, que no le permitió terminar el colegio, pese a los ruegos del profesor *Rosales* de la escuelita N° 8 del campamento.

—¡Su hijo puede ser mucho más! Es inteligente, más que el resto de los niños. ¡No lo mande al hoyo a perderse por favor!— Pero el viejo no dio vuelta atrás, y cuando cumplía los 8 años, ya estaba acompañándonos a las profundidades del pique, con un casco que bailaba sobre la peluca rojiza y que coronaba esa cara blanquecina con rasgos de roedor.

Capítulo 3

Luego de una hora de espera, sonó nuevamente la campanilla y corrí a tomar el auricular —Oye *Lucho*, dice el jefe de mecánicos que se suban todos al elevador para hacer de contrapeso. Eso podría ayudar a destrabar la línea mientras ellos hacen palanca con las picotas sobre el engranaje —Me dijo el *Pajarito*. Acto seguido, los mandé a todos a subirse al entablado húmedo y roñoso del elevador

—Escucha bien *Lucho*, cuando el elevador se mueva, que los muchachos salten con fuerza para tironear la línea. El jefe dice que es lo único que se le ocurre para destrabar esta maldita línea.

—¡Escuchen todos! cuando el elevador se mueva, ustedes salten con todas sus fuerzas. Es la única posibilidad que tenemos de destrabar la línea. *Josefo* se quedará en la orilla alumbrándolos, y yo pegado al intercomunicador por si hay nuevas instrucciones. Una vez que se suelte, nosotros saltamos y salimos de este maldito hoyo de una vez por todas— les dije enérgicamente.

El elevador comenzó a temblar y los muchachos hicieron lo suyo con las pocas fuerzas que le quedaban. *Josefo* me miró y alcancé a divisar el brillo en esos ojos de ratón —¡Date vuelta *Josefo* y no dejes de alumbrar a los muchachos!— Le grité con tono de general. El muchacho acató sin chistar.

El elevador se comenzó a mover mientras el grupo saltaba. Subió unos 30 centímetros. Con cierta incredulidad, solté el auricular y corrí hacia donde estaba el *Josefo*. Mientras corría, el elevador volvió a subir otros 10 o 15 centímetros. Cuando estaba por llegar y con *Josefo* agarrado de la cintura, un fuerte chasquido, seco, como un latigazo metálico recorrió el túnel de ascenso. Miré a los muchachos, y el elevador bajó casi medio metro con un ruido atronador.

No alcanzaron a atinar a nada, solo vi el brillo de pánico en sus ojos. Un nuevo ruido retumbó en el túnel, pero esta vez se llevó el elevador al fondo del pique con todo el grupo.

No sé si fue el horror de verlos desaparecer delante mío, o la agitación de la carrera, pero jamás sentí el golpe de la caída. ¿Cuántos metros más de profundidad tendría el maldito pique? Fue como tirar una piedra a un pozo profundo y jamás escuchar el eco del chapuzón.

Me puse a gritar como loco; los llamé uno a uno, una y otra vez, pero no obtuve respuesta. Diez, quince minutos, media hora gritando y ya casi sin voz, me di cuenta que los habíamos perdido. *Josefo* me miró

aterrorizado.

—Ven *Jose/lo*, sentémonos al lado del comunicador a esperar a que nos llamen y vengan a buscar. Tranquilo, que no nos van a dejar acá—le dije sin convencimiento.

El *Jose/lo* se acurrucó a mi lado mientras la humedad, el frío y el horror de lo sucedido nos petrificaban.

No sé quién se dormirá primero, imagino que el *Jose/lo* por ser más joven y debilucho, pero lo que sí tengo claro, es que será nuestro último sueño.